

beso con todo mi corazón, y ahora estás bien seguro de que no eres expósito ¿verdad?

El niño se abrazó al cuello de Magdalena, y se puso tan pálido que ella quedó sorprendida, y se lo quitó suavemente de encima procurando distraerle. Pero él la dejó momentos después, y se fué solo, como para ocultarse, lo cual inquietó á la molinera. Le buscó y le encontró de rodillas en un rincón de la granja y anegado en lágrimas.

— Vamos, Francisco, le dijo levantándolo, no sé lo que tienes. Si es que piensas en tu pobre madre Sabel, hay que rezar una oración por ella y te sentirás más tranquilo.

— No, no, dijo el muchacho retorciendo el borde del delantal de Magdalena y besándola con todas sus fuerzas; no pensaba en mi pobre madre. ¿No es usted mi madre?

— ¿Entonces por qué lloras? Me apenas.

— ¡Oh, no! ¡oh, no! no lloro, contestó Francisco secándose vivamente los ojos y tomando un aire alegre; es decir, no sé por qué lloraba. De veras que no lo sé, porque estoy contento como si me hallara en el paraíso.

V

Desde aquel día, Magdalena besó al expósito mañana y tarde, como si fuera su hijo, y la sola diferencia que hizo entre Juanito y Francisco, fué que mimaba al más joven, como correspondía á su edad. No tenía más que siete años cuando el expósito tenía doce, y Francisco comprendía muy bien que un gran muchacho como él no podía ser acariciado como un pequeño. Por otra parte, diferían más en apariencia que en edad. Francisco era tan alto y robusto, que parecía un muchacho de quince años, y Juanito era delgado y pequeño como su madre, á la que se parecía muchísimo.

Así las cosas, sucedió que una mañana en que Magdalena recibía los buenos días de Francisco en la puerta, y la besaba como de costumbre, su criada le dijo:

— Me parece, sin ofenderla á usted, mi señora, que ese mozo es muy grande para hacerse besar como una niña.

— ¿Cómo?, contestó Magdalena sorprendida. ¿Pero no sabes la edad que tiene?

— Sí; y no vería en ello mal alguno, á no ser que es expósito, y que yo, que no soy más que la criada de usted, no le besaría por mucho dinero que me diesen.

— Hace usted mal en decir eso, Catalina, repuso la señora Blanchet, y sobre todo no debiera usted decirlo delante de este pobre niño.

— Que lo diga ella y que todo el mundo lo diga, replicó Francisco con mucha audacia. No me importa. Con tal de no ser expósito para usted, señora Blanchet, me doy por satisfecho.

— ¡Mire usted qué tall, dijo la criada. Es la primera vez que le oigo hablar tanto. ¿Sabes decir, pues, tres palabras seguidas, Francisco? ¡Vaya! Pues yo creía que no comprendías siquiera lo que te decían. Si hubiera sabido que escuchabas, no hubiera dicho delante de ti lo que he dicho, pues no tengo intención alguna de molestarte. Eres un buen muchacho, muy tranquilo y complaciente. Vamos, no pienses más en eso; si encuentro extraño que nuestra ama te bese, es porque me parece que eres demasiado grande para eso, y tu mimo te hace parecer más tonto de lo que eres.

Después de haber arreglado así la cosa, la gruesa Catalina fué á hacer la sopa y no volvió á pensar en el incidente.

Pero el expósito siguió á Magdalena al lavadero, y sentándose á su lado, le habló como sabía hablar con ella y para ella sola:

— ¿Se acuerda usted, señora Blanchet de una vez que yo estaba aquí, hace mucho tiempo, y me hizo dormir en su tablilla?

— Sí, hijo mío, contestó ella, fué la primera vez que nos vimos.



ME PARECE, SIN OFENDERLA Á USTED, MI SEÑORA, QUE ESE MOZO ES MUY GRANDE PARA HACERSE BESAR COMO UNA NIÑA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¿La primera vez? No estaba seguro; no lo recordaba bien; porque cuando pienso en aquel tiempo, es como un sueño. ¿Cuántos años hace?

— Hace..., espera..., hace unos seis años, pues mi Juanito tenía catorce meses.

— ¿De modo que yo no era tan viejo como él es ahora? ¿Cree usted que cuando haya hecho su primera comunión, se acordará de todo lo que ahora le pasa?

— ¡Oh! sí que me acordaré, dijo Juanito.

— Según y como, repuso Francisco. ¿Qué hacías ayer á estas horas?

Juanito, sorprendido, abrió la boca para contestar, y quedó parado.

— ¿Y tú? apuesto á que tampoco lo sabes, dijo á Francisco la molinera que solía divertirse oyéndolos charlar y discutir juntos.

— ¿Yo? ¿yo?, dijo el expósito con embarazo, espere usted... Estaba en el campo, y pasé por aquí... y pensé en usted; ayer, precisamente, me acordé del día en que me acostó envuelto en su chal.

— Tienes buena memoria; es asombroso que te acuerdes de cosas tan remotas. ¿Y recuerdas que tenías fiebre?

— ¡No, eso no!

— ¿Y que me llevaste la ropa á casa sin habértelo dicho?

— Tampoco.

— Yo siempre lo he recordado, porque en ello conocí que tenías buen corazón.

— Yo también tengo buen corazón ¿verdad, mamá?, dijo Juanito presentando á su madre una manzana de la que había comido la mitad.

— ¡Sí, sí! tú también, y todo lo bueno que ves hacer á Francisco, lo harás más tarde.

— ¡Sí, sí, sí!, replicó en seguida el niño; montaré esta tarde la potranca amarilla, y la conduciré al prado.

— ¡Eso es!, dijo Francisco riendo; ¿y luego subirás al gran serbal á matar orugas? ¡Cualquier día te dejo que te rompas la crisma! Pero diga usted, señora Blanchet, quiero preguntarle á usted una cosa, y no sé si me la querrá usted decir.

— Á ver.

— ¿Por qué creen hacerme enfadar llamándome expósito? ¿Es malo ser expósito?

— No, hijo mío, porque tú no tienes la culpa.

— ¿Entonces quién la tiene?

— Los ricos.

— ¡Los ricos! ¿Cómo es eso?

— Me preguntas demasiado, hoy: te lo diré más tarde.

— No, no, ahora, señora Blanchet.

— No puedo explicártelo... En primer lugar, ¿sabes lo que es ser expósito?

— Sí, es haber sido uno depositado en el hospicio por sus padres, porque no tenían medios de mantenerlo y criarlo.

— Eso es. Ya ves, por consiguiente, que si hay per-

sonas tan desgraciadas que no pueden criar á sus hijos, tienen la culpa los ricos que no las asisten.

— ¡Ah! ¡es verdad!, contestó el expósito pensativo. Sin embargo, hay ricos buenos, puesto que usted lo es, señora Blanchet; la cuestión es encontrarlos.

